

Primarias y crisis de representatividad

Publicado en Riata No. 1, mayo – junio de 2013

La dinámica de los acontecimientos políticos nos indica que el país avanza por caminos que nos llevarán a bifurcaciones en los que tendremos que, tomar decisiones que si son correctas, permitirán la construcción de una nación más justa, equitativa y solidaria.

En la vida de los seres humanos, la construcción del futuro es producto de la suma de las acciones y decisiones individuales y colectivas de todos, en los tiempos presentes que nos toque vivir. Con ello, rechazamos las tesis fatalistas, de que el futuro ya está definido y que no podemos hacer nada por cambiarlo y de que hay oscuras e incomprensibles fuerzas que manipulan nuestro destino cual si fuésemos marionetas.

En la construcción colectiva del futuro de Panamá, una pieza clave es la transformación de la actual democracia representativa (liberal), en una democracia participativa. La visión actual de la democracia formal hace énfasis en los aspectos procedimentales de la misma, es decir, la reduce al conjunto de reglas en virtud de las cuales el poder es conferido y ejercido y por tanto debe limitarse a ser sólo un medio o método para la generación de los líderes y, en todo caso, de control, pero no de gestión directa de los asuntos del Estado. Por ello la democracia representativa tiene como resultados el ejercicio de una política sin contenido, sin fines y sin real participación del soberano. La idea de que la democracia tiene como propósito el bien común y el desarrollo de la voluntad plena del soberano desaparece del radar de los políticos.

Las reglas para la conformación de partidos políticos y los procedimientos de selección de las personas que ocuparán los puestos de representación política definidos en el Código electoral (sistemas de primaria), constituyen los mecanismos fundamentales que reproducen este simulacro de democracia.

El sistema de primarias, que se ha tratado de vender a la sociedad como el método más democrático que tenemos, ha resultado en todo lo contrario ya que dicho mecanismo promueve y reproduce prácticas antidemocráticas a través de la imposición de candidaturas, la cooptación, el uso masivo del dinero y otras prácticas pandilleriles muy alejadas de un espíritu democrático más amplio.

Esta pesadilla, la han vivido en carne propia, miles de precandidatos del PRD y la vivirán los panameñistas y del CD en sus próximas primarias, cuyos liderazgos naturales se han visto y se verán ahogados por la maquinaria de dólares, las estructuras clientelares de las actuales autoridades en funciones en cargos de elección popular que son financiadas masivamente con fondos del Estado y la vista gorda de quienes son llamados a garantizar igualdad de condiciones para todos los aspirantes a una postulación dentro de sus partidos.

Con ello se cumple la frase de “Omar Torrijos”, de que asistimos a una “pelea de burro amarrado, con tigre suelto”.

Pero no nos equivoquemos, el modelo actual de primarias se ha expandido a todos los partidos, porque es funcional a los intereses de las élites económicas y políticas, ya que con estas reglas se logra legitimidad política a costa de la representatividad. Con las primarias la competencia electoral se centra entre las elites de los diferentes partidos políticos, pero dado el hecho de que todo el proceso se desarrolla dentro de las reglas del régimen presidencial prevaeciente, los conflictos derivados de este, se trasladan hacia los partidos políticos.

En consecuencia, la lucha se expresa entre bandos vinculados al poder legislativo (bancadas y subgrupos de diputados), al ejecutivo (Presidente y sus asesores, ministros) y al poder local (Alcaldes y Representantes), los cuales por lo general, controlan los resortes de sus respectivos partidos. Quienes están fuera de estos círculos de poder, simplemente están excluidos del juego electoral.

El hecho de que se trate de primarias, en donde participan cientos de miles de personas, le da gran legitimidad al candidato ganador, aunque este sea reconocido en la sociedad como un pícaro o un filibustero. Y como por arte de magia, medios de comunicación, instituciones y otras múltiples y variadas formas de organización, convierten la manipulación política en manipulación mediática.

En el siglo XX aprendimos que el fraude electoral se realizaba el día de las elecciones, mediante la compra de votos, la alteración de los resultados en las actas de mesa y el robo de urnas. Fue una época en que se hizo famosa la frase “*el que escruta elige*”.

Hoy gracias a los avances de la ciencias (psicología política, inteligencia emocional, neurolingüística y otras) y de las nuevas tecnologías (mercadeo político, propaganda sucia, redes sociales y otras), este fraude se perfecciona en el escogimiento de la oferta electoral de los partidos políticos, de la cual desaparecen los líderes naturales, los luchadores sociales, los auténticos voceros de la clase media, de los indígenas, de los campesinos, de las mujeres y de los jóvenes, en fin, son eliminados mediante el salvaje proceso de selección natural la mayoría de los precandidatos cuya conducta política está basada en valores y principios.

A los valerosos precandidatos éticos y sociales que lograron cruzar la valla espinosa de dólares, propaganda sucia y aparatos electoreros, que se les sembró en el camino y se alzaron con la candidatura, les espera en el siguiente nivel del juego, un huracán de trampas y obstáculos que sólo podrán vencer, si el voto de conciencia sale del letargo y ejerce la ciudadanía activa, para expulsar del templo a los fariseos y filibusteros, que la propaganda mediática nos presenta como políticos probos y de éxito.